

Historia y escritura

Algunos apuntes

Llamil Mena Brito

Al maestro Jaime Aldaraca

1

NO HAY MODESTIA AL NOMBRAR a un libro de Historia *Independencia y Revolución: pasado, presente y futuro*. Tampoco se requiere, pero el efecto que el título provoca es sin duda interesante.

Tal vez de forma arbitraria (acrítica sería el término aparentemente correcto) podemos decir que en este título se juega, por lo menos, una clara pretensión: apostar alto. Ante una edición de 784 páginas, dividida en dos partes, con más de 25 artículos y la intención de establecer en un solo tomo un hilo conductor entre la Independencia y la Revolución mexicana, no es inocente pensar en una obra concebida bajo una elevada pretensión.

Intenta despertar algo. En mi caso, el recuerdo de los primeros cursos que tomé como estudiante de Historia, donde cualquier introducción se iniciaba mediante un minucioso estudio de la historiografía, y en ella se aprendía la génesis de nuestro oficio como un debate entre libros monumentales y pretensiones modernas más modestas. Y también cuando se nos instruía sobre la reducción del campo de estudio como una posibilidad de alcanzar una perspectiva más controlada, los nombres (las investigaciones) reducían sus temáticas y aumentaban su número de caracteres. Entonces los libros, ensayos, tesis o cualquier documento con un nombre pretencioso (es decir, poco delimitado o demasiado conceptual para los límites históricos) al menos debía despertar suspicacia.





2

Aquí es evidente la disolución del autor, el gran historiador. Aquellos grandes nombres que podían imponer una autoridad intelectual con un apellido. Invitar a leer a interesados e incautos tan sólo por su personalidad.

Nuestro libro debe pensarse como un esfuerzo en el que cinco investigadores coordinaron y estructuraron su propia labor y la de más de 25 investigadores para trazar las líneas concordantes entre universidades, colegios, institutos de investigación y, por ende, entre posturas ideológicas distintas. Todo, en virtud de dilucidar las convergencias de distintos estudios que hoy reflexionan y explican la Independencia y la Revolución (o las independencias y las revoluciones).

Asimismo, es un diagnóstico claro del acontecer académico contemporáneo donde la comunicación entre diversas disciplinas disuelve la hegemonía interpretativa de un autor al abrir la posibilidad a distintas perspectivas. Sin embargo, a la vez pone en peligro de extinción aquel sabroso debate entre los detentores de las mayores publicaciones y la crítica, que más allá de la

anécdota, aportaba una sana discusión entre las teorías y visiones más depuradas y las vistas periféricas. Ahora, o al menos en numerosos ejemplos de producciones bicentenarias, la multiplicidad de posturas compiladas diluyó personalidades en pos de colectivos, canónicas posturas históricas por multiplicidad de posibilidades metodológicas. Tal vez los calurosos debates académicos perdieron parte de su colorido, pero se ganaron espacios y, ciertamente, se abrieron nuevas temáticas de estudio.

En la era del bicentenario, la interdisciplina ganó cualquier tipo de pugna metodológica. De forma muy evidente se logró vislumbrar el contexto que hoy nos rodea a los historiadores y demás humanistas. Un presente científico heterodoxo, ansiosamente hermenéutico. Democrático. Febril.

3

No me queda la menor duda: parto de lugares comunes para trazar una crítica. Aunque no dejan de ser instancias de evidencia en este libro: un seductor título,



Fotografías: Alejandro Arteaga

una base de coordinadores que compendian una vasta lista de otros investigadores y un tema de dimensiones mayúsculas.

Lugar de origen. Búsqueda insaciable para explicar las bases y fundamentos de lo que define algo. Nación, Estado, ciencia histórica. Triple conmemoración de un pasado lleno de sacrificios y pugnas no resueltas con el paso del tiempo. En la enunciación de estos lugares comunes, con la que tal vez usted, lector, no estaba familiarizado, podemos establecer la línea que corrió a lo largo de un siglo donde la Historia obtuvo su grado de ciencia en los liceos y comenzó a reestructurarse, a la par que revisaba, desde distintas perspectivas, aquello que sus predecesores habían heredado.

Inscrito de lleno en las publicaciones conmemorativas del bicentenario, *Independencia y Revolución: pasado, presente y futuro* encuentra su originalidad al crear un nexo entre dos etapas históricas y tres circunstancias temporales con la intención de no dejar fuera prácticamente ninguna posibilidad de análisis hermanada a la historia, y así generar una suerte de hilo conductor representado en una vigencia de problemáticas.

Historia cultural, de las ideas, de la literatura, antropología, sociología. Construcciones epistemológicas que sin duda crean interpretaciones profundas de la Independencia y la Revolución y, que de forma paralela,

atravesamos su temporalidad aterrizando en problemas de vigencia netamente contemporánea como la difusión de los estudios y el paradigma de la celebración en que se enmarcan. Pero justo en esta constancia en el análisis existe una continuidad vigente prácticamente desde la consumación de la Independencia: la de la construcción de imágenes y representaciones que nos dan identidad. Nación, Estado, Historia.

Giorgio Agamben habla del xx como el siglo de la Historia. Ente sus argumentos se halla la forma en que se desarrolla la emergencia de los estudios científicos relativos a la disciplina pero sobre todo en la forma traumática en que Occidente tuvo que reconfigurar la experiencia dentro del cambio histórico. Las bases en las que la interpretación del pasado se solventaban parecían suficientes para hablar del presente, pero la violencia de los cambios y la manipulación de terceros de aquello que el conocimiento racional había aportado obligó a un cambio de paradigma, a una necesidad autocrítica y referencial de las estructuras críticas.

Por tanto, pienso: si la apuesta es alta y difusa debe ser consecuente con las continuidades y los posibles usos de su ambigüedad. La revisión historiográfica, la herencia y la suspicacia dejan de ser lugares comunes para retomarse como puntos de inflexión de un problema de fondo que va mucho más allá de lo anecdótico.

4

Independencia y Revolución: pasado, presente y futuro. Volvamos al título: y es que es en esta primera instancia donde se busca atrapar la atención del lector, cortejarlo con un nombre que despierta la curiosidad por un tema suficientemente cautivador para reflexionar en algo. Cinco conceptos fácilmente asequibles aunque completamente realizables en conjunto. Dos conceptos históricos, tres términos temporales y, en el inconsciente, la omisión del nombre mayor: México.

Imágenes y representaciones engendradas en las aspiraciones más trascendentes de los nobles historiadores. Memorias colectivas, identidades nacionales, identidades sociales, experiencias del tiempo, patrimonios culturales. Todos estos conceptos abordados en la presente obra han sido también flagrantemente utilizados como argumentos retóricos y de control. Curiosamente nuestro libro omite un estudio trascendental, en mi opinión el más importante de todos: el jurídico. Aquel donde las imágenes más complejas se han convertido en conceptos fundacionales. El Estado, la soberanía, la cultura, los símbolos patrios, la democracia: todos y cada uno de ellos contemplados en la normatividad máxima que rige y consolida nuestra presente identidad histórica: la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

5

Termina el desfile. Fin de la fiesta. Un libro que conmemora una festividad es parte de ella. Asiste al carnaval, se disfraza, goza, vive el desenfreno y padece la resaca.

Para este texto las conmemoraciones resultan un tópico central: “la experiencia y (re)configuración del tiempo y la historia que ellas ponen en juego y el modo en que, en ese juego, se construye, descompone, reafirma, cuestiona y vuelve a reconstruir su propia identidad, elucidando a la vez la significación para el presente y las perspectivas para el futuro que se delinean a partir

tanto de la Independencia como de la Revolución”. Cita fecunda para comprender el complejo en donde se inscribe el proyecto, pues no está de más remarcar que este libro se mueve en dos niveles: el del proyecto y el del fragmento.

Es por ello que, entrando de lleno, la obra goza de una estructura interna tan inteligente como los autores mismos que inscriben sus textos en el proyecto. No me queda la menor duda del valor de las investigaciones, la frescura de muchas de las tesis y la erudición del compendio. La laberíntica red asociada de investigadores y sus ensayos es un tema que por sí mismo resalta, tanto por su vocación como por la pluralidad de sus nacionalidades.



Creo evidente que en la práctica performativa, en la conmemoración academicista que también es el proyecto, se encuentra para mí el síntoma más claro de lo oportuno de la obra. Pienso en la historia como una disciplina que engendra y nutre a otra ciencia, la política. No me queda la menor duda del valor de proyectos como el que ahora nos da oportunidad de reflexionar; fueron los ejercicios más relevantes que se hicieron en el carnaval de las fiestas del bicentenario. En más de una ocasión tuve la oportunidad de leer y analizar textos afines a éste y comprobar que la academia sigue produciendo ejercicios brillantes de interpretación y revisión histórica sobre eventos paradigmáticos en la construcción de este país y de este continente. Tal vez nunca pensé hallarme frente a un título y un proyecto tan provocativo, y vaya que lo agradezco, porque la caja de Pandora respecto a mi propio oficio fue abierta.


Presente y futuro fueron las claves para el centro de mis reflexiones. En las conmemoraciones de 2010 se abrió la puerta a la historia académica para recrear y repensar el pasado, pero también para contextualizar lo políticamente maleable. Ése es el presente. El futuro es reflexión y paciencia visto a través de un terreno llano y violento. En medio queda la sociedad, la cultura, las omisiones que para mí son el nexo conductor de estos doscientos años.

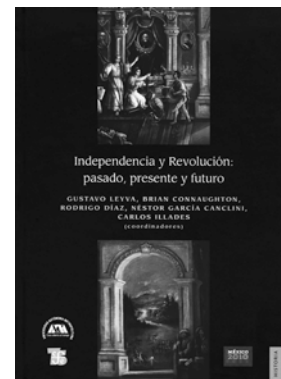
Un sentimiento de vacío, una victoria pírrica dejamos los historiadores en esta fiesta. Ahora comienza una nueva cuenta porque aniversarios siempre sobran. ¿Cuál es el futuro? Por mi parte, mi nostalgia por lo olvidado que en forma ilógica me deposita ante lo mucho que falta y el excedente de lo que se ignora.

Cada vez más lejos de los debates por historias oficiales y hegemonías académicas, la experiencia de la historia nos obliga a revisar nuestro tiempo, presente y

futuro, como uno avalado por nuestras omisiones. Pero al ser tan violenta y veloz esta experiencia, nos frenamos, y vale la pena quedarnos con la conclusión que Elías José Palti deja en uno de los más lucidos ensayos de este libro referente a la tradición y la modernidad:

“Pero eso requiere una reformulación radical del tópico; conlleva un trabajo previo de socavamiento crítico de los enfoques típico-ideales; supone en fin, el esfuerzo por despojar a los ‘modelos’ de su apariencia de perfecta consistencia y racionalidad, penetrar y desnudar la radical contingencia de sus orígenes y fundamentos.”

La fiesta ha terminado. Comienza un nuevo desfile. 



Gustavo Leyva, Brian Connaughton,
Rodrigo Díaz, Néstor García Canclini
y Carlos Illades (coords.)
*Independencia y Revolución:
pasado, presente y futuro*
México, UAM-1/FCE
2010, 322 pp.